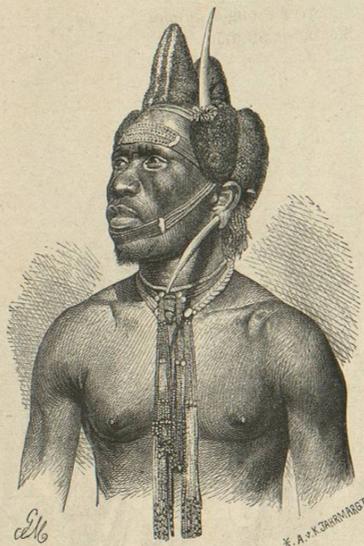


puede ser en forma de media luna ó de destal ó de cincel ó de alabarda y lisa ó adornada con simples anillos ó con molduras. De más práctico uso es el puñal de dos filos (véase el grabado de la pág. 188) que por regla general tiene 15 centímetros de longitud por cuatro de anchura: el mango de madera presenta por arriba y por abajo unas prominencias que permiten apoyar fuertemente el puño: la vaina consiste en dos pedazos de madera atados por medio de una cubierta de cuero. Como durante la lucha los beshchuanos llevan esta arma atada al antebrazo por medio de correas de cuero, tiene la vaina por arriba y por abajo una prominencia en forma de cuña que impide que se caiga, ó bien se ponen en su extremo inferior algunas correas que sirven para sostenerla mejor. Del número de armas ofensi-



Un guerrero pondo (de una fotografía que posee el director de las Misiones Sr. Dr. Wangemann, en Berlín).

vas forman también parte las mazas ó kirris adornadas, las más de las veces, con elegantes cinceladuras. Los kirris, cuya parte gruesa está formada por cuerno de rinoceronte, son armas de lujo. Existen algunas dudas sobre si los beshchuanos lucharon en su origen con el arco y la flecha ó si tomaron estas armas de los bosquimanos: lo único positivo es que en los tiempos modernos han hecho uso de ellas y que especialmente forman parte del armamento de los makwapas, barokas y batsoetlas. Según todas las probabilidades, los beshchuanos de Kurumán las habían introducido entre ellos muy poco antes de que Lichtenstein los visitara: refiere este viajero que habiendo visto junto al heredero del trono de esta tribu un arco bosquimán y un carcaj lleno de flechas, creyó que se trataba de algún trofeo, hasta que aquél le hubo manifestado que estas armas eran guardadas para utilizarlas contra los mismos que las habían fabricado, pues la necesidad obligaba á los beshchuanos á servirse de esos instrumentos que antes habían despreciado. En efecto, sus pastores, armados simplemente con azagayas y no bastante numerosos para atacar decididamente, llevaban la peor parte siempre que tenían que luchar contra las flechas de los bosquimanos. Esto no obstante son varias todavía las tribus beshchuanas que no usan el arco y la flecha, entre ellas por ejemplo los makololos, pudiendo

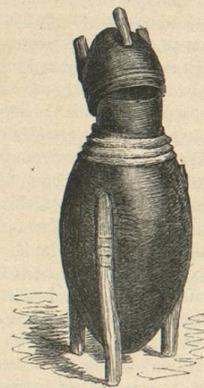
con razón afirmarse que estas armas no forman parte de las originariamente propias de ese pueblo. Mencionemos, para terminar, el escudo que, si bien se diferencia por ser más corto y más recortado que el de los zulús — de mayor utilidad práctica y de aspecto más formidable — está fabricado en la misma forma con piel de buey y con travesaños adornados de pieles y plumas. Creemos haber descrito suficientemente el equipo militar de los beshchuanos.

La misma variedad de formas, nacida de su marcada afición á los trabajos finos, sea de fragua, sea de escultura, sea de adornos en los cueros, encontramos en los utensilios domésticos de los beshchuanos, que merecen ser considerados con interés especial. Desde este punto de vista, ninguna tribu sud-africana aventaja á la que nos ocupa. Dignas de especial mención son sus maderas esculpidas, que por la originalidad y elegancia de sus formas y por la delicadeza del trabajo están muy por encima de todo cuanto en este ramo producen los demás pueblos cafres. Las cucharas, cuyos mangos afectan las formas más variadas de animales especialmente de las jirafas y cuya superficie está adornada con lindos arabescos (véase el grabado de la pág. 207), las tazas con ranuras esculpidas, los morteros hechos con una rama de árbol semi-pelada para moler el maíz, los distintos platos y escudillas y los cántaros para cerveza que se apoyan sobre tres pies y cuya tapadera está formada por el mismo vaso con que se ha de beber, ofrecen una colección de formas limpias y prácticas.

También encontramos cosas notables entre sus cacharros de arcilla, mereciendo ser citada en primer lugar la gran vasija para provisiones de forma convexa y apoyada sobre tres pies bajos, que alcanza á veces la altura de un hombre y que está tapada con un plato puesto del revés. Vale la pena de ser consignado que esta costumbre de tapar un utensilio con otro colocado boca abajo, la encontramos con mucha frecuencia entre los beshchuanos. Sobre estas vasijas de provisiones constrúyense cabañas especiales con ramas, encerrándose en ellas toda la cosecha de mijo ó de maíz: algunas tribus las dejan, sin embargo, al aire libre en el campo. Los beshchuanos son muy hábiles en el arte de tejer, fabrican elegantes esteras y cestas, mas á pesar de todo, este arte se encuentra en ellos menos desarrollado que entre las otras tribus. Los pequeños escabeles de tres pies con el asiento cóncavo tan generalizados y los no menos extendidos taburetes de madera para la cabeza, los encontramos entre los beshchuanos como entre los demás cafres (véase el grabado de la pág. 203).

Los aperos de labranza ofrecen una sencillez que ha de asombrar á cualquiera que la compare con el lujo de los utensilios domésticos. Las vasijas de provisiones para los granos ya las hemos descrito. La ganadería exige cubos para ordeñar, fabricados con un trozo de madera alto y delgado y á menudo en forma de cántaro, y sacos de cuero para leche que representan un papel importantísimo en el menaje de los beshchuanos. Estos sacos están confeccionados con piel de buey y tienen en su parte superior una abertura por donde se introduce la leche y en su parte inferior otra más pequeña para sacar el suero. En estos sacos vierten los pastores la leche que guardan en sus cubos y allí la dejan hasta que se vuelve agria, constituyendo entonces uno de los principales alimentos de todos los cafres: comen, además, unas gachas de mijo molido en grandes morteros de madera; el maíz, que conocen de poco tiempo á esta parte (Casalis refiere que en su tiempo, es decir en 1840 y 1850, no todas las tribus de los basutos conocían el maíz), se lo comen cocido antes de que esté maduro. Durante los últimos años han comenzado á cultivar

algunas clases de cereales europeos, especialmente el trigo. La nuez de tierra ó cacahuete no se da en este país tan abundantemente como en el África tropical, mas no por eso dejan de cultivarla los basutos. Como alimentos vegetales merecen citarse, además del tabaco, los melones, las calabazas y una especie de rábano no muy sabroso. Los beshchuanos, como todos los demás sud-africanos, son aficionados en extremo al tabaco, que llaman «mala hierba divina» y que sólo usan en forma de rapé, por cuya razón las taba-



Cacharro para cerveza, de los makalaks occidentales (Museo etnográfico, Munich)

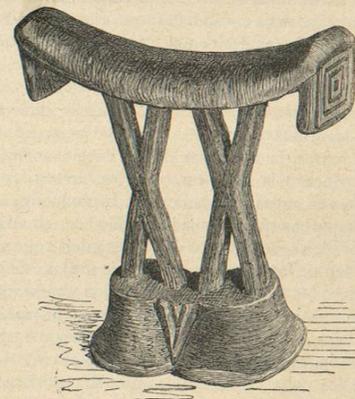
queras de calabaza, ó de cuerno, ó de hueso, son artículos indispensables de tocador (véase el grabado de la pág. 205).

Las cabañas de los beshchuanos son circulares por su base y terminan en un cono, como las de los demás pueblos cafres, pero se diferencian notablemente de las de los zulús — á las cuales sólo se parecen las de los basutos — en que el muro cilíndrico, del escaso diámetro usual, sustenta un techo en forma de cono hecho con cañas cuidadosamente tejidas y apoyado de tal manera en una de las estacas ó flechas centrales de la cabaña que el vértice del mismo resulta excéntrico. Este techo descendiendo hasta muy cerca del suelo en donde lo sostienen varias estacas, de suerte que entre éstas y la pared exterior de la choza queda una especie de pasadizo cubierto, y como estas estacas van unidas entre sí por un muro de maleza y limo, resulta una doble pared concéntrica que es una de las cosas características de esas cabañas. El espacio exterior está destinado á los esclavos y á los animales domésticos. Las chozas de los pobres no tienen más que una pared y su techo descendiendo hasta tocar al suelo. La construcción de las cabañas es cosa de las mujeres, seis de las cuales construyen en ocho días una de las mayores en la forma descrita. Una cerca de maleza rodea cada cabaña ó un grupo de ellas correspondiente á una familia: este último sistema lo aplican algunas tribus con gran rigor, lo cual da á sus aldeas un carácter especial y de tanta mayor importancia en cuanto esta disposición de las viviendas es la expresión de la vida patriarcal de dichas tribus. Del mismo modo que el padre es el jefe supremo de sus hijos, la cabaña paterna es el centro á cuyo alrededor se agrupan las chozas de sus hijos y de sus nietos. El número de cabañas que rodean á la del padre da la medida de la consideración y de la importancia de éste: ya se comprenderá, pues, con qué orgullo el jefe de la familia mirará el número de sus descendientes. De aquí la bondad y el cuidado con que este pueblo trata á sus hijos y la especie de generación con que es saludada su venida al mundo, acontecimiento tenido por la mayor felicidad de la familia; y de aquí también

las severas penas con que se castiga el aborto provocado por medios artificiales, que se considera como un robo hecho á la grandeza de la tribu. El hogar doméstico es entre estos pueblos algo más que una simple idea: en efecto, cerca de la cabaña del padre hay el sitio destinado al fuego, en donde la familia se reúne, trabaja, come ó conversa acerca de las novedades del día. Un pobre se agrega al hogar de un rico y ya le considera como un miembro de su familia. Un caudillo de segundo orden tiene á su alrededor un cierto número de estos círculos de chozas y la reunión de los hogares familiares alrededor del hogar grande, que está en el centro y pertenece al caudillo, constituye una aldea. Inmediatamente alrededor del hogar del caudillo se extienden las cabañas de sus mujeres y de sus parientes y como éstos son generalmente, por razones políticas ó de parentesco, los caudillos de segundo orden, resulta que los que junto á aquel caudillo viven son caudillos secundarios.

Por la descripción que acabamos de hacer de la colocación de las cabañas se comprenderá que el orientarse por las «calles» (llamadas *motsi*) de una aldea beshchuana no es tarea fácil, pues las chozas y grupos que ellas forman están colocadas sin orden alguno, sumamente apretadas unas á otras y además interrumpidas por grandes establos cuadrados, de los cuales, en algunas aldeas, se encuentra uno al lado de cada choza. La única regularidad consiste en la disposición circular del conjunto alrededor del terreno cercado que, situado en el centro, sirve para guardar de noche los rebaños. Otro segundo espacio, cercado también, más pequeño que el anterior, está situado junto á éste, y en él se celebran las asambleas del consejo (*Kolla*: igual nombre lleva el hogar): cerca del mismo se levantan las chozas del caudillo y entre los beshchuanos cristianos la capilla.

La situación comprometida de muchas tribus beshchuanas ha hecho que emplazaran sus aldeas en los puntos á propósito para una buena defensa. Arbousset, en su viaje á las montañas Azules, hace notar la tendencia de los besh-



Un taburete de madera para la cabeza, de los lamangwatos (Museo etnográfico, Munich).

chuanos que habitan en aquellas comarcas á construir sus residencias en los puntos más elevados, únicamente para su seguridad, por más que las llanuras sean tan fértiles y agradables como estériles son por regla general aquellas alturas: esta emigración á las montañas la encontramos en todas las tribus que se han visto oprimidas y obligadas á diseminarse á causa de la proximidad de los matabeles, y que antes fijaban sus residencias en los sitios más á propósito y más abundantes en manantiales. La ciudad beshchuana de Ku-

rumán, con tanta frecuencia visitada por los europeos, ocupaba una situación encantadora. Como prueba de la afición que estos hombres demuestran por las comodidades, puede citarse el hecho de que con preferencia hacen sus construcciones en medio de los bosques de mimosas que les ofrecen en abundancia ramas para estacas fáciles de coger por la proximidad de aquéllos. Algunas de estas residencias están muy pobladas y lo parecen aun más por el sistema de construir y de colocar las chozas, según hemos ya descrito; así se comprende que en las antiguas relaciones de los viajeros y de los misioneros se hable de «ciudades casi imposibles de ser examinadas» de los muruhsegs, de los matsaraqúas y de otras tribus poco menos que extinguidas. Früter y Sommerville atribuían, en 1801, á Litako, capital de los «maatjapings», una población de 15,000 almas. Schoschong, la ciudad de Sekomi, estaba habitada, en 1852, según Chapman, por 12 ó 15,000 bamangwatos, y fué considerada por este viajero como la mayor ciudad indígena de cuantas había visto: extendíase á 400 pies de una montaña en una longitud de una milla cuadrada inglesa. Kurumán contaba, en 1805, según cálculo de Lichtenstein, 600 casas y 5,000 habitantes. Siempre que puede, una tribu entera se agrupa en un mismo lugar, y esto lo hace por razones de seguridad, naciendo de esta suerte esos grandes lugares que en manera alguna guardan relación con el grado de cultura propio de los betschuanos y menos aún con el carácter saliente de este pueblo de ganaderos.

Cada tribu especial de los betschuanos ofrece diferencias no pequeñas en punto á construcción de chozas; así por ejemplo, las construcciones de los barolongs y de los batlapis son más sólidas que las de los bakwenas y están cercadas con una valla de arcilla que no encontramos en las de éstos. Entre los betschuanos del Norte, vemos también casitas especialmente destinadas á las asambleas deliberativas, construídas sobre estacas cubiertas hasta la mitad de su altura con un muro de limo y de cañas, adornado en su parte exterior con pinturas de ocre. Esta cabaña, en la que por regla general se tiene encendido fuego, está á menudo construída en la kotla, es decir en el sitio cercado y destinado á las asambleas.

La ganadería es la base de la vida y de la alimentación de todas las tribus betschuanas, pero esta ocupación ofrece sus alternativas, pues los que habitan en las montañas del Este aprovechan la coyuntura que les ofrecen los valles abundantes en aguas para dedicarse á la productiva agricultura; y los que han sido empujados hacia el desierto de Kalahari no pueden tener rebaños de bueyes y dejan que sus mujeres cuiden de los pequeños rebaños de ovejas y de cabras, dedicándose los hombres con más afición y más aptitud á la caza. Sin embargo, siempre vemos que un pequeño rebaño es la base de su vida y el elemento fundamental de su alimentación, así es que los mismos bakalaharis ó balalas, es decir, los pobres y miserables, que se encuentran á un nivel igual ó más bajo que el de los bosquimanos, procuran mantener un par de ovejas ó de cabras y no llegan nunca á la extrema carencia de toda propiedad como sucede entre los bosquimanos errantes, los cuales no consideran como cosas propias más que el arco y la flecha. Los rebaños de las tribus que habitan comarcas mejores alcanzan á menudo proporciones colosales, pues todos estos ganaderos sud-africanos han tomado de los hotentotes la costumbre de no matar una sola cabeza de ganado más que en las grandes solemnidades y de no ceder ninguna sino en calidad de regalo que se hace á un huésped. Así por ejemplo el número de cabezas de ganado que poseían los basutos antes de su

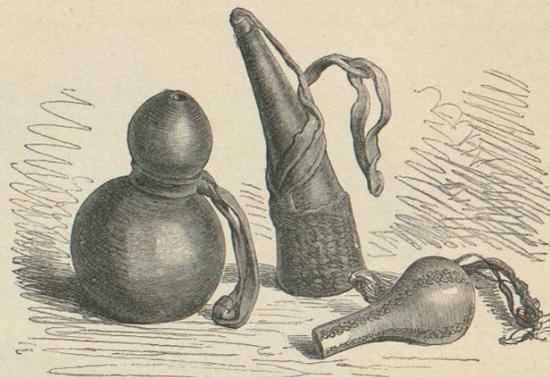
última guerra con los ingleses se elevaba á 200,000. Los betschuanos del Sud poseen la raza de regular tamaño y de grandes cuernos; en cambio los que están establecidos en el territorio del Zambezé tienen, además de ésta, otra más pequeña que se denomina buey batoka, porque de la tribu de los batokas ha sido tomada. Livingstone y Chapman nos proporcionan algunas descripciones de esta interesante raza: por ellas sabemos que el buey batoka no tiene más de tres pies ingleses de altura, la talla de un buey regular de un año, que se parece algo al buey inglés (de pequeña talla y cuernos cortos), que su hembra produce mucha leche, que su carne es excelente, y que su docilidad es admirable. El cuidado del ganado es, además de la caza, la única ocupación á que los hombres betschuanos se dedican con afición y perseverancia. Livingstone dice, hablando de los makololos: «Estiman grandemente sus rebaños y emplean mucho tiempo en embellecerlos y adornarlos. Algunos animales aparecen rayados como cebras, lo cual se consigue quemándoles el pelo con un hierro candente; otros llevan colgados de la cabeza, á manera de borlas, algunos trozos sueltos de piel de muchas pulgadas de largo. También les liman los cuernos por uno de sus lados, á fin de darles una encoivadura sumamente bizarra, y cuanto más extraña sea ésta, en tanta mayor estima se tiene al buey y en tanto más se le considera como la gloria del rebaño. Sin embargo, la predilección que por sus reses siente esta tribu no se reduce á estos objetivos que podríamos llamar arábescos, sino que procura mejorar cuanto le es posible la bondad de las mismas, por lo menos en aquellos puntos en que están en contacto con los europeos.» Cuando Livingstone, después de haber visitado al caudillo Sebituane, regresó al país del Cabo, hubo de prometer á aquél como favor muy especial que le llevaría un toro padre. Las ovejas de los betschuanos pertenecen á la raza llamada egipcia, que se distingue por su gran cola y de la cual ya hemos hablado: las cabras son extraordinariamente pequeñas, y todas ellas negras con manchas blancas. Fuera de estos animales, sólo poseen los betschuanos perros y una casta de gallinas pequeñas. El papel que los rebaños representan en su vida así pública como doméstica, es otra de las pruebas del carácter de ganadero que en principal término puede aplicarse á este pueblo. Sus mejores presentes consisten siempre en reses: el complemento de toda fiesta es comerse un buey y el caudillo que quiere adquirir popularidad regala á los guerreros alguna pieza de su rebaño. Los hombres que repugnan toda otra clase de trabajo, no se desdennan, cuando es necesario, de ser pastores. Los robos de reses son las causas más frecuentes de hostilidades entre las tribus y el mejor medio que tienen los europeos para someter á una tribu betschuana consiste, según ha podido comprobarse en la última guerra de los basutos, en apoderarse de sus rebaños. La costumbre genuinamente nómada de enterrar á un caudillo en el establo de su rebaño y de hacer pasar á éste por encima de la tumba, la encontramos en muchas tribus betschuanas. Su comida favorita es, como en todos los pueblos cafres, la leche coagulada, y uno de los insultos más graves que dirigen á los extranjeros ó á los pobres es el de «comedor de gachas de agua.» Casi todas las prendas de vestir se confeccionan con pieles de buey y las correas de cuero se emplean también para los cimientos de sus casas. Las pieles duras de buey son materiales para sus escudos.

Mucho menos estimada y cultivada es entre los betschuanos la agricultura, é influye, por ende, menos en su actividad y en su vida. Así lo demuestra la simple vistá, como se desprende del siguiente cuadro que traza Arbousset de la

agricultura de los batlokas: «Por la mañana, apenas han ordeñado sus vacas, abandonan el kral, generalmente cantando. Los hombres y las mujeres llevan á la espalda la moga, su azada, y trabajan en el campo hasta las dos ó las tres de la tarde. Las mujeres trabajan tanto ó más que los hombres. Se cuidan muy poco de la forma del campo, y trabajan ora en un sitio, ora en otro sin orden alguno y á trozos, pues lo esencial es remover la tierra que luego produce mijo y maíz, cuyo tallo alcanza á veces una altura de dos metros, calabazas, melones, rábanos y patatas, estas últimas introducidas por los misioneros.» La azada está clavada al extremo inferior de un palo que va engrosando y que por lo mismo aumenta considerablemente la fuerza de aquélla al caer sobre la tierra: este instrumento se maneja levantándole casi perpendicularmente sobre la cabeza y luego dejándolo caer: su propio peso hace que penetre sin más esfuerzo en la tierra, de modo que es muy poco el trabajo que tienen que hacer el trabajador ó la trabajadora. Cierro que la azada escarba muy poco el suelo, pero este poco basta para la ligera agricultura de los betschuanos. Estos únicamente presentan un aspecto imponente como labradores, cuando todos los hombres y las mujeres de una agrupación cultivan en común el campo de su caudillo y el de la primera mujer de éste, á lo cual vienen obligados por costumbre y por deber. A este poco cultivo de la agricultura contribuye la circunstancia de que, por regla general, los campos están situados lo más lejos posible de los krales del ganado, emplazados junto á las viviendas, lo cual se hace con el fin de que los rebaños no los devasten. De aquí que sea necesario andar mucho para llegar hasta ellos, lo cual es motivo suficiente para tenerlos abandonados.

La fundación de la familia comienza con la compra de la mujer, cuyo precio pagan los padres del novio á los de la novia: este precio, que se denomina *bahari*, consiste siempre en reses, y no pasa de 5 á 6 cabezas cuando los basutos, ricos en bueyes, pagaban en sus buenos tiempos hasta 25 y 30. Según Casalis, el precio no puede pasar de 7 porque este número es sagrado. Las negociaciones para esa compra de mujer se hacen con toda la publicidad posible y delante de testigos. Como para el matrimonio se tiene en muy poca la inclinación de la muchacha y aun á menudo la del hombre, los divorcios son frecuentes y lo serían todavía más si la devolución del precio, de la cual sólo se prescinde cuando el matrimonio ha dado hijos, no ofreciera tantas dificultades. La esterilidad es considerada como causa indiscutible de divorcio, reproduciéndose muchas veces en este pueblo la historia de Sarah y de Agar. La poligamia es general y está profundamente arraigada. Cuando Livingstone habló al caudillo Sekeletu de sus planes de misión, se negó éste en absoluto á leerla Biblia: «Esto podría — dijo — cambiar mi corazón de tal manera que me considerara, como Setscheli, satisfecho con una sola mujer.» Una de las varias mujeres goza de cierta preferencia sobre las demás; su cabaña es la «casa grande» y sus hijos son considerados como primogénitos. En la elección y en la suerte de la misma toman gran parte las dos familias. Las demás mujeres son mucho menos importantes y entre los basutos se considera «que hace una mala muerte el que muere al lado de una de sus mujeres secundarias.» No es solamente la comodidad personal la causa de esta predilección por la poligamia, sino que entra en ello por mucho el deber de

hospitalidad que no se podría cumplir si no se tuviera más de una mujer. Esto no obstante, los que se abstienen de la poligamia son considerados como más puros, fuertes y dignos de admiración. En este pueblo, como entre todos los demás cafres, el hijo, al morir su padre, entra en posesión de todas las mujeres de éste, pero los hijos que de ellas tienen son considerados como hermanos suyos. Lo propio sucede cuando fallece un hermano mayor. El amor que profesan á sus hijos es muy intenso así en el padre como en la madre; de tal suerte que los makololos se mostraron muy afligidos cuando el cambio de clima que hubieron de experimentar después de establecidos en el Zambezé, trajo consigo enfermedades sin cuento y la esterilidad de las mujeres. Uno de los más poderosos motivos del amor maternal



Tabaqueras de los betschuanos (Museo etnográfico, Munich) $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño

y sobre todo del deseo de tener hijos, es en las mujeres el temor de verse repudiadas por estériles. La muerte de un hijo único es á menudo para la madre causa de su muerte moral. Los hijos quieren poco á sus madres; su amor es más para sus padres, sobre todo cuando pueden considerarse herederos de sus rebaños. Las mujeres repudiadas y los niños que mueren de hambre abundan en estos pueblos. Para comprender esta salvaje costumbre, es preciso no perder de vista la preponderancia que se da al elemento masculino en el seno de la familia, cuyo jefe, en el sentido patriarcal, es el padre, ó el hijo primogénito de la mujer principal, ó, en algunos casos, el tío materno. Esto hace recordar la situación de la madre en la familia romana que la consideraba «como hermana de los hijos de su marido.» Así el mo-suto cuando dice: «Yo y mis hijos» habla de toda su casa. El hijo mayor, que se llama señor mientras sus hermanos son llamados siervos, es en vida de su padre el consejero de éste ó por lo menos la persona sin la cual no puede el padre tomar ninguna resolución importante: asimismo es el intermediario entre éste y los demás hijos. Desde muy joven, suele procurarse un menaje propio. Entre los betschuanos centrales, el padre toma el nombre del hijo mayor y la madre el del menor, de suerte que Ma-Sebele, por ejemplo, significa madre de Sebele. Cuanto más viejo se va haciendo el padre, tanto más aumenta la influencia del «hijo señor», lo cual es muchas veces causa de rivalidades enconadas por la intervención del tío de la madre que es, en cierto modo, el representante de los derechos de la esposa. Pero con esta influencia va enlazada la responsabilidad del nacimiento de los hijos menores. Cuando la madre envejece, se retira al lado de ese hijo.

La importancia de las relaciones de parentesco y el valor